

magnética. Los rayos X, los infrarrojos, los ultravioletas o los rayos gamma son un ejemplo de ello.

David estaba plenamente convencido de que la teletransportación era un fenómeno de carácter electromagnético que te permitía cambiar de plano temporal. Sostenía la idea de que el tiempo era una continua sucesión de planos dentro del mismo espacio. Por lo tanto, lo único que se necesitaría para cambiar de plano sería un impulso electromagnético que fuera capaz de cambiar la frecuencia de la vibración de nuestros átomos. Si se lograba aumentar esa frecuencia, el cuerpo sería transportado al pasado. En cambio, si la frecuencia se disminuía, el viaje sería al futuro. Éste era el objetivo de David. Él quería viajar sólo al futuro. En este momento, no se sentía atraído en absoluto por el pasado.

Según los datos de “Marco Polo”, se iba a necesitar un fuerte campo electromagnético para lograr el salto al futuro. Por consiguiente, la cantidad de energía a consumir para generar este campo sería también enorme. Ése era el primer problema que David quería identificar y ponderar durante el día de hoy.

Era miércoles, 5 de septiembre, y había llegado un poco más temprano de lo normal. Aunque John no iba a estar durante todo el día en el despacho, David no quería que las pruebas influyeran lo más mínimo en el trabajo por el cual cobraba puntualmente cada fin de mes.

Puso en marcha a “Marco Polo” y cogió una pequeña cajita que había entrado escondida entre los pliegues de su chaqueta. Luego salió al pasillo simulando ir a tomar café. Al comprobar que nadie le seguía, torció a la derecha y subió dos plantas. Se dirigió a la sala de alimentación de energía. Conectó el transformador reserva para evitar que su prueba dejara a oscuras a las cuatro plantas que dependían de esta fuente de alimentación. Abrió el cuadro eléctrico y desconectó los limitadores diferenciales. No deseaba que la prueba pudiera quedar interrumpida por nada.

Acto seguido provocó un cortocircuito con una barra de

hierro. El cortocircuito generó una descarga en forma de arco voltaico que David trató de conservar por unos segundos. La luz era cegadora y la temperatura de la sala había subido varios grados. Sacó la cajita de su bolsillo y la colocó cerca del arco. Rápidamente se acercó al armario de control y giró el interruptor principal. El arco desapareció por su polo positivo, arrastrando con él a todos los pequeños objetos que estaban en el radio de acción del mismo. Desaparecieron una llave de tuercas, un destornillador, dos fusibles de placa y la cajita.

David volvió a conectar el transformador principal y desconectó el reserva. Procuró dejarlo todo tal y como estaba diez minutos antes. Luego salió de la sala y cerró la puerta. Justo un instante antes de cerrarla pronunció unas frases en voz baja:

—Buen viaje, “Popi”. Espero que hayas llegado bien. Con un poco de suerte nos veremos dentro de tres semanas. Tienes suficiente comida en la cajita. Cuídate hasta entonces.

Al bajar por la escalera, David vio subir a Jack.

—Hemos sufrido un bajón de energía. Voy a ver lo que ha pasado —dijo el conserje.

—Ya vengo yo de allí, Jack. Todo está en orden. Debe haber sido un problema de la compañía suministradora —contestó David.

—Gracias, David. En ese caso, no hace falta que suba.

Los dos bajaron juntos hasta la planta de la Whitehall. David entró en las oficinas y Jack se dirigió a su puesto al lado de la puerta.

David había realizado la prueba. No podía estar seguro de su éxito, pero lo intuía. Todo se había desarrollado según lo había previsto. La única diferencia era que la masa de su propio cuerpo exigía una cantidad mucho mayor de energía. Tendría que buscar su puerta interdimensional en los sótanos del World Trade Center. Era en las salas que generaban el aire acondicionado para todo el edificio donde estaba la mayor cantidad de energía que podía encontrar. No tenía otro reme-

dio.

David había establecido su plan con todo detalle. El día elegido era el viernes 28 de ese mismo mes de septiembre. Había advertido a su madre que ese fin de semana viajaría otra vez a Tampa. Regresaría el lunes, uno de octubre, e iría directo al trabajo. Su madre había recibido la noticia con una alegría inmensa. Rápidamente había relacionado esta visita con las recientes vacaciones de su hijo. Estaba loca de contenta. Al final, las cosas siempre acababan cayendo por su propio peso y para ella era evidente que David se había enamorado. Evelyn llevaba todo el día bendiciendo y dando gracias al Señor. Su hijo no era tan raro como ella pensaba.

Pero la realidad planificada para el último fin de semana de septiembre era muy distinta. David pensaba trabajar todo ese viernes y quedarse, como de costumbre, cuando todo el mundo se marchara. Después bajaría en el ascensor, también como de costumbre, pero esta vez no se detendría en el hall de la planta baja. En esta ocasión, los sótanos serían su destino. Allí realizaría la misma operación de esta mañana y cambiaría de plano temporal. Había calculado viajar al año 2029. La constatación de que el punto de destino tenía que ser el mismo del de partida exigía que los desplazamientos fueran siempre en múltiplos de cuatro años. La cuarta dimensión, o sea, el espacio-tiempo, condicionaba a que el planeta Tierra se encontrara en la misma fecha y en la misma posición y eso solo ocurría cada cuatro años. El pasado año 2000 había sido bisiesto y el 2028 también lo sería. Eso equilibraba el actual año de partida, el 2001, con el de destino, el 2029.

Seguramente la operación del inicio de su viaje causaría problemas de suministro de energía al edificio, pero no le importaba porque él ya estaría en el año 2029. Permanecería dos días en el futuro y regresaría por el mismo sistema en la madrugada del lunes desde el mismo punto. Tenía que invertir la energía para que el viaje se realizara en sentido contrario. También estaba seguro de que la operación de retorno

causaría problemas. Pero esos problemas se quedarían en el futuro porque él ya se encontraría de vuelta en el año 2001. Descansaría unas horas en la propia sala de generación del aire acondicionado y luego subiría en el ascensor a su trabajo como lo hacía normalmente.

Cuando por la noche regresase a su casa, tendría que soportar el intenso interrogatorio de su madre, pero eso era otra cuestión que ya manejaría cuando llegase el momento. Lo más importante era que su ilusión iba a poder concretarse en breve. Faltaban pocos días para que todo se hiciera realidad. Faltaban pocos días para que dejara de soñar lo imposible.

Durante los tres días que faltaban para llegar al fin de semana, David mostró un carácter extraordinariamente abierto y feliz en todos sus ámbitos de acción. Estuvo radiante con sus compañeros de trabajo y también con su madre.

Sus compañeros estaban un tanto extrañados; en cambio, su madre estaba radiante de felicidad. Ella lo atribuía al ya conocido y planificado viaje del fin de semana que comenzaba el viernes día 28. En realidad su madre no se equivocaba de razón. Ella sólo se equivocaba en el destino.

El viernes, 7 de septiembre, terminó poniendo punto final a la actividad laboral de la semana. David cogió el metro como de costumbre. Eran apenas las siete de la tarde cuando llegó a la estación de Bergen Street. Un inoportuno apagón retrasó su salida al exterior. Cuando salió a la calle y pudo sentirse de nuevo en su barrio, respiró profundamente. Estaba muy cansado y también muy deseoso de llegar a casa para abrazar a su madre.

La encontró en el pasillo de la entrada y la besó con ternura. Ella le correspondió el beso y le acarició el pelo. David siempre agradecía muchísimo esta caricia por parte de su madre. Lo consideraba un gesto especial. Era un gesto exclusivo para su persona.

—Mamá, recuérdame mañana cuando me levante que tengo que echar una carta al correo —le dijo.

—Espero que el destinatario o la destinataria llegue a interpretar tus palabras y tus sentimientos conforme a tus deseos, hijo mío —contestó Evelyn muy emocionada por el extraordinario comportamiento de su hijo.

—Tienes razón, mamá. El futuro que más deseo depende de ello. Ojalá que pueda lograrlo, mamá —dijo David retirándose a su habitación.

El sábado, 8 de septiembre, comenzó lluvioso pero rápidamente el sol comenzó a lucir en el cielo neoyorquino. David no se quedó recluido en su casa como solía hacer últimamente. Le dijo a su madre que salía a echar la carta al correo y a comprar algo que pudiera ser testimonial. Algo que pudiera representar un recuerdo muy significativo.

Evelyn no dejó pasar la ocasión para exteriorizar sus deseos.

—Quizás lo más acertado sería algo que lograra recordar ese día tan especial. Algo que pudiera perdurar a través de los años —dijo Evelyn entusiasmada—. ¿Verdad que sí, hijo mío? —añadió.

—Sí, mamá. Tiene que ser una cosa que recuerde y certifique la fecha, el origen y el porqué de todo —dijo David.

—Exactamente, eso es lo que quería decirte —concluyó Evelyn.

—Gracias, mamá. Te quiero. Me has ayudado mucho —dijo David a su madre.

A continuación, le dio un beso, abrió la puerta y desapareció tras ella para mezclarse entre la gente.

## CAPÍTULO 4

EL lunes, día 10, comenzó con toda normalidad. David salió de su casa. Se encaminó hacia la estación del metro. Caminaba pensando en todo lo que iba suceder en su vida, cuando la oscuridad de la noche todavía no había sido vencida por la luz del nuevo día. Llegó al World Trade Center. Instintivamente dirigió su vista hacia arriba. Las dos moles se elevaban majestuosas con miles de luces chispeando. Se detuvo un momento para contemplarlas. Después entró en el hall y se dirigió hacia la zona de los ascensores.

El día transcurrió sin incidencias que destacar. Al final de la jornada, David sorprendió a John invitándole a tomar un par de copas en el Village. Eran las copas que habían quedado pendientes desde mediados de agosto.

John quedó estupefacto al oír la proposición de David. No había podido imaginar que este momento llegara a producirse nunca. ¿Sería cierto lo que le había contado la madre de David? ¿Sería verdad que pudiera ser el amor la causa de ese cambio tan espectacular? Decidió averiguarlo por sí mismo.

Caminaron conversando alegremente hasta llegar al barrio de los bohemios. Llegaron a “Kenny’s” en Bleecker Street. Habían transcurrido tan solo veinte minutos desde que habían salido del World Trade Center. Entraron en el local. John pidió un bourbon y David una coca-cola light. John se dispuso a abordar el tema directamente.

—¿Cómo se llama ella, David?

—No sé de qué me hablas —contestó David.

—Vamos, hombre. Yo soy tu amigo. Cuéntame cómo la conociste. No seas tan reservado —insistió John.

—Por muchos esfuerzos que hiciera contándotelo, nunca llegarías a comprenderlo. Te lo aseguro —dijo David defendiéndose.

—Te dije que eras un mentiroso espantoso. Se te nota a la legua que tienes un secreto. Tienes algo que no quieres contar.

—Puede que tengas razón —dijo David.

—¿Ni siquiera me lo vas a contar a mí? —volvió a preguntar John.

—Ni siquiera a ti.

—Dime, al menos, si tiene los ojos azules. A mí me encantan los ojos azules —confesó John.

—No son azules, John. Son unos profundos y preciosos ojos negros. No puedo decirte más —contestó David.

—Está bien, amigo mío. No hay que insistir cuando el corazón está de por medio. Solamente dime cómo fue.

—Solo puedo decirte que resultó maravilloso. Dudo de que pudieras entenderlo —volvió a contestar David, escudándose una vez más en la mayor de las ambigüedades.

—De acuerdo, amigo. Te felicito por tu inenarrable experiencia. Quédate con tu inconfesable secreto. Lo comprendo —dijo John.

—Te pido mil disculpas por ello, John. Pero me alegra enormemente que me digas que lo entiendes.

A las dos rondas de David, siguieron otras dos pagadas por John. Y a éstas les siguieron algunas más. Eran las diez de la noche cuando se separaron. John tenía el coche aparcado en el World Trade Center. David le acompañó hacia el aparcamiento, y después caminó hasta la estación de metro.

Llegó a su casa a las once con claros signos de embriaguez. A la coca-cola inicial le había seguido un vodka con naranja y luego un par de bourbons. La última ronda se había cerrado con un scotch. David estaba descompuesto. Su madre no le había visto nunca en ese estado. Pero no le importó. Era claro que su hijo estaba cambiando y ella estaba más que contenta con ello. ¿Qué importancia tenía que hubiera bebido más de la cuenta? Él era joven y podía soportarlo. Era mucho peor verlo encerrado y con los ojos sin alegría sobre aquel montón de libros y papeles.

Evelyn estaba radiante de felicidad. Mañana le preguntaría más cosas sobre su chica. Lo haría con tacto, pero lo haría. Quería conocer más detalles y comprendía que hoy no era el momento.

David se retiró a su habitación sin cenar. Tenía la cabeza llena de tambores que sonaban sin parar. Pasó la noche fatal. Lo pasó tan desacostumbradamente mal que se durmió. Se despertó mucho más tarde de lo habitual. Reaccionó positivamente ante la contingencia. Pensó que por una vez podía permitirse esta pequeña licencia sin importancia. De todas formas, iba a llegar con tiempo suficiente al trabajo.

Entró en las oficinas de la Whitehall a las ocho y diez. Dejó su cartera y la documentación sobre la mesa como lo hacía habitualmente. Después salió al pasillo a por un café bien cargado.

Regresó con el café a su mesa y comenzó a sorberlo poco a poco. Estaba muy caliente. Lo volvió a depositar sobre la mesa.

Eran las ocho y veintitrés cuando John entró por la puerta.

—¿Cómo has pasado la noche? —le preguntó David.

—Fatal —contestó John—. Ayer nos excedimos —añadió frotándose los ojos.

—Muchas veces una noche no es solo una noche —dijo David.

—No tengo la cabeza para pensar mucho. ¿De verdad crees que eso que has dicho lo justifica todo? —preguntó John.

—En buena parte creo que sí —dijo David mirando a la bahía desde su mesa de trabajo.

—Voy a buscar un café. A ver si logro despertarme. He estado a punto de no venir —dijo John.

—En cambio yo estaba seguro de que sí vendrías —contestó David mirando a John—. Te espero para beberlos juntos —añadió.

Eran las ocho y treinta y dos minutos cuando John salió al pasillo. Regresó a las ocho y treinta y ocho. Se sentó enfrente

de David.

—Te noto tenso —dijo John.

—No sabría qué responderte —contestó David.

—Estás lleno de contradicciones, amigo mío. Esos ojos negros te han afectado demasiado.

—Creo que tienes razón. Creo que esta vez has acert...

David no pudo terminar de pronunciar la palabra. Eran exactamente las ocho y cuarenta y seis minutos del martes 11 de septiembre del año 2001. Una fuerte sacudida hizo temblar toda la torre norte. Los cafés se derrumbaron sobre la mesa. John cayó al suelo impelido por el descomunal temblor.

—¿Qué demonios ha sido eso? Tiene que haber sido un terremoto enorme —dijo John levantándose rápidamente.

—Me temo que no han sido las puertas del ascensor al cerrarse —dijo David sobrecogido por los acontecimientos.

Empezaron a oírse gritos por todas partes. Ambos corrieron hacia los ventanales de la cara norte de la planta. Una intensa humareda negra ascendía por ese lado. Todo el mundo se preguntaba qué podía haber ocurrido.

David y John volvieron a su oficina. El humo también era visible en el lado oeste de la cara sur del edificio. Era indudable que una explosión había sido la causa del incendio. ¿Pero qué podía haberla producido?

—¡Los ascensores no funcionan! —oyeron gritar a sus compañeros de planta.

—¡Estamos atrapados! —gritaban otros que iban corriendo de un lado para otro sin parar.

—Está subiendo un calor terrible. El ambiente empieza ser totalmente irrespirable —dijo John colocándose el pañuelo sobre la boca.

—Es verdad —corroboró David—. Sígueme —añadió seguidamente.

—¿Adónde vas? —preguntó John.

—Tú sígueme y no hagas preguntas —contestó David.

La explosión había afectado al suministro de luz. David y

John subían por las escaleras hacia los pisos superiores. Se cruzaban con gente que bajaba. Era un continuo ir y venir de gente sin ninguna dirección determinada. Era el caos del pánico. Era la patente desesperación por la terrible certeza de saberse atrapados sin ninguna posibilidad de salida.

Durante la ascensión David había controlado el estado de la sala de energía. Estaba totalmente inactiva. No funcionaba nada.

Seguían subiendo. Cada vez era mayor el número de personas que ascendían con ellos. Casi no bajaba nadie. David perdió de vista a John por un instante. Continuó la marcha hacia arriba mientras le buscaba. Le vio por casualidad corriendo solo por la planta 103. Le llamó y se unió a él. Se dirigieron a los ventanales de la cara norte. El denso humo lo tapaba todo. Corrieron hacia la cara sur de la planta. En ese lado todavía se podía ver el exterior desde las cristaleras del lado este. Eran ya las nueve y dos minutos.

John vio acercarse a un avión por el lado sur. El avión volaba muy bajo. La dirección de vuelo era impensable. Estaba dirigiéndose inequívocamente hacia la torre sur.

—Pero, ¿qué hace ese loco? —gritó John unos segundos antes de que el avión con bandera de la United Airlines impactara en la torre sur.

—¿Has visto eso, David? —balbuceó John con la voz temblorosa. —¿Tú crees que aquí ha pasado lo mismo? La humareda que asciende ahora por la torre sur es igual a la que sube por nuestra torre.

—Me temo que sí, John —contestó David.

—Entonces no tenemos salida, David. ¡Estamos perdidos! —dijo John.

—Siempre hay una salida. No desesperes. Sígueme —volvió a decir David a su compañero.

—Pero, ¿hacia dónde? —preguntó otra vez John.

—No malgastes energías preguntando. Vayamos hacia arriba.